

sólo la de Santa Teresa, almenada y coronada por bello matacán. Puerta de sabor místico, ya que tantas veces fue transitada por Teresa de Cepeda, cuando de niña jugaba, saltaba y reía; cuando, en compañía de su buena madre, salía por el paseo del Rastro, camino de Santo Tomás, para confesarse en aquel confesonario vetusto que allí se conserva todavía como preciada reliquia. Y todo esto es porque, al atravesar esta puerta, se desemboca en una plazuela solitaria y meditativa, en cuyo centro un añoso olmo rumorea siseos con sus hojas al moverlas la brisa. Y allí se alza una fachada insulsa y renacentista, avergonzada entre los palacios rancios que la contornean. Es el convento erigido sobre el solar en que se asentaba el noble palacio donde Alonso de Cepeda y Beatriz de Ahumada trajeron al mundo, el 28 de marzo de 1515, una niña que habría de ser reformadora del Carmelo, escritora ilustre y blasón de la España católica.

Mejor hubiera sido el conservar intacta la cámara que la vio nacer; las habitaciones por las que dio los primeros pasos por el mundo, tan trabajado después por ella; las paredes que fueron testigos de sus peligrosos devaneos con su liviana pariente; las conversaciones ingenuas con su hermano Rodrigo, tan llenas ya de ambiciones sublimes. Menos mal que allí está el pequeño huerto donde fabricaba altares y la capilla inundada de arte churrigueresco, donde se remontaba del mundo en profundos éxtasis.

No es posible hablar de Avila sin mencionar a la Santa andariega, siempre alegre, que reía, cantaba y decía que no quería monjas tristes en sus conventos. Sería imposible narrar aquí sus anécdotas, sus inspiraciones, su incoercible vida de afanes.

Relataremos solamente un episodio de su vida que va unido a un paraje pintoresco, desde el que se contempla un panorama cautivador de Avila, que se presenta a lo lejos como reducida a escala en una bella maqueta de escayola. Este es el lugar denominado los «Cuatro Postes».

Cuéntase que, cuando Teresa tenía siete años de edad, se escapó con su hermano Rodrigo para irse a tierra de moros y que los «descabezasen», decía ella, y así morir mártires por Cristo. Pero descabalo sus planes su tío, que los encontró en despoblado y los volvió a casa montándolos sobre su caballo. Y desde entonces, este lugar se convirtió en humilladero. Estos «Cuatro Postes» se asientan sobre un peñasco, conservándose la cruz y un templete arquiteado. Ante este humilladero rendían la rodilla y musitaban una oración los trajineros que acudían a los famosos mercados de Avila; los estudiantes truhanes, con su capa pañosa, que marchaban hacia la Universidad de Salamanca; los peregrinos jacobeos, caminantes de la limosna y del bordón; los cazadores de la nobleza abulense, con sus ha-